



## EL ASNO ENCANTADO (Y LA ESPADA TAMBIÉN)

**E**L cap. *dQ1-25* se inicia así: «Despidiose del cabrero don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante mandó a Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana». Ahora bien, algo más adelante, cuando don Quijote decide aislarse en Sierra Morena para «lamentarse entre estas asperezas y a quejarse de la dura condición de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura» y pide a Sancho que vaya al Toboso y se lo haga saber a Dulcinea, éste dice: «Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenlbardar al rucio... Y, en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de veras, que será bien tornar a ensillar a Rocinante para que supla la falta del rucio». Así que el asno de Sancho Panza ha desaparecido como por ensalmo.



No será hasta el cap. *dQ1-43* que vuelva a hablarse del asno de Sancho, cuando Maritornes «se fue a la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho» para dejar colgado de la ventana a don Quijote», a quien de nada le sirvió: «el llamar a su buen escudero Sancho Panza, que, sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba... de la madre que lo había parido». Y en el cap. *dQ1-47*, en los preparativos para devolver a don Quijote a su aldea en una jaula sobre un carro tirado por bueyes y escoltado por dos cuadrilleros, «Colgó Cardenio del arzón de la silla de Rocinante, del un cabo, la adarga, y del otro la bacía, y por señas mandó a Sancho que subiese en su asno y tomase de las riendas a Rocinante».

Semejante desliz debió ser la comidilla en los corrillos literarios (donde no quedaba a salvo ni el apuntador). Lope de Vega, en su comedia *Amar sin saber a quién* (Acto III), hace decir al gracioso Limón, preguntando a don Fernando por su mula: «Decidnos della, que hay hombre / que hasta de una mula parda / saber el suceso aguarda, / la color, el tallo y nombre; / o si no, dirán que fue / olvido del escritor».

Ya en la Segunda Parte, en boca de Sancho y con cierta desfachatez, Cervantes se excusaría así ante el bachiller Sansón Carrasco. «A eso no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, o ya sería descuido del impresor» (*dQ2-4*). En la inmediata

segunda ed. de Juan de la Cuesta se intentó solventar el descalabro mediante sendas cuñas en *dQ1-23* y en *dQ1-30*, pero no se revisó el texto comprendido entre ellas; y así, inmediatamente después de relatado el robo, Sancho sigue yendo «sentado a la mujeriega sobre su jumento». En la tercera ed. (1608), en ese mismo punto, Sancho ya iría «cargado con todo aquello de había de llevar el rucio», pero en el siguiente párrafo se continuaba leyendo «fue necesario que Sancho se apease»; en definitiva, sólo se corrigieron dos de las siete referencias al asno contenidas en los caps. *dQ1-23* a *dQ1-25*.

La cuña que describe el robo es la siguiente:

Aquella noche llegaron a la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció a Sancho pasar aquella noche, y aun otros algunos días, a lo menos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba; y así, hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que, según opinión de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guía, guisa y compone a su modo, ordenó que Ginés de Pasamonte, el famoso embustero y ladrón, que de la cadena, por virtud y locura de don Quijote, había escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razón temía, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevole su suerte y su miedo a la misma parte donde había llevado a don Quijote y a Sancho Panza, a hora y tiempo que los pudo conocer y a punto que los dejó dormir; y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasión de acudir a lo que [no] se debe, y el remedio presente venza a lo por venir, Ginés, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno a Sancho Panza, no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormía Sancho; hurtóle su jumento y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo a Sancho Panza, porque halló menos su rucio; el cual viéndose sin él, comenzó a hacer el más triste y doloroso llanto del mundo. Y fue de manera que don Quijote despertó a las voces y oyó que en ellas decía: ¡Oh, hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas y, finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedís que ganaba cada día mediaba yo mi despensa! Don Quijote, que vio el llanto y supo la causa, consoló a Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa, de cinco que había dejado en ella. Consolose Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos y agradeció a don Quijote la merced que le hacía; el cual, como...

Y la que describe la recuperación:

...a pecado nuevo, penitencia nueva. Mientras esto pasaba, vieron venir por el camino donde ellos iban a un hombre caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les parecía que era gitano; pero Sancho Panza, que doquiera que vía asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre cuando conoció que era Ginés de Pasamonte; y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venía; el cual, por no ser conocido, y por vender el asno, se había puesto en traje de gitano, cuya lengua, y otras muchas, sabía hablar como si fueran naturales suyas. Viole Sancho y co[no]ciole; y apenas le hubo visto y conocido, cuando a grandes voces le dijo: ¡Ah, ladrón Ginesillo! ¡Deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo! ¡Huye, puto; auséntate ladrón, y desampara lo que no es tuyo! No fueran menester tantas palabras ni baldones, porque a la primera saltó Ginés, y tomando

un trote que parecía carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó a su rucio y, abrazándole, le dijo: ¿Cómo has estado bien mío, rucio de mis ojos, compañero mío? Y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona. El asno callaba y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos y diéronle el parabién del hallazgo del rucio, especialmente don Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas...

En general los editores del *Quijote* dan por sentado que aquellas cuñas eran de mano del propio Cervantes, quien las entregaría al librero Robles para corregir el desajuste; pero no suelen incluirlas en sus ediciones: se limitan a alertar al lector mediante notas al pie. Por otro lado, presentan serios problemas, pues desde la aventura de los galeotes hasta que se habla de la desaparición del rucio no ha transcurrido noche alguna en que Pasamonte pudiera robarlo mientras Sancho dormía, y tampoco resulta verosímil que alguien tan bregado como Pasamonte salte del asno y ponga pies en polvorosa por sólo oír de lejos los reproches de Sancho.

Y no sólo el asno fue el damnificado del descalabro. También lo fue la espada de don Quijote, quien en el cap. *dQ1-30* lamentará su falta ante Dorotea (transformada en la menesterosa infanta Micomicona):

de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, a quien pienso, con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta..., no quiero decir buena espada merced a Ginés de Pasamonte, que me llevó la mía.

Buena espada que, por cierto, reaparecerá como por ensalmo en el cap. *dQ1-36*, «Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto»:

tenía en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama (con quien tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el porqué), y en la derecha, desenvainada, la espada, con la cual daba cuchilladas a todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante.

¡Cervantes en estado puro! En otras ocasiones he tratado de las poco cuidadas cuñas cervantinas y su efecto negativo sobre la línea argumental. En este caso, la probable raíz del descalabro esté en la inserción entre las aventuras de Sierra Morena de la novelita que narra los revueltos amores de Cardenio, Luscinda, Dorotea y don Fernando, que tendrán su final feliz en la venta de Juan Palomeque. Cervantes no la insertó de seguido (como hizo con *El curioso impertinente* y *El Capitán cautivo*), sino que Cardenio relata una parte a don Quijote y Sancho, y más tarde, el propio Cardenio y Dorotea relatan al resto al Cura y al Barbero.

Enrique Suárez Figaredo  
Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan